



PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES.		Colegial (El).	Frontaura (D. Carlos).	Lafora (D. Juan Bautista).	Rodriguez Cortina (D. Federico).	Serrano (D. Gaspar Bono).
Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).	Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).	Fabruquer (Excmo. Sr. conde de).	Garrido (D. Estéban).	Mendoza de Vives (S. ^a D. ^a María).	Sabando (D. Julian Manuel de).	Silió y Gutierrez (D. Evaristo).
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).	Fernandez Bremón (D. José).	Fernandez Bremón (D. José).	Gonzalez de Tejada (D. José).	Mestre y Marzal (D. Carlos).	San Javier (vizconde de).	Sinués de Marco (S. ^a D. ^a M. del P.).
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).	Forteza (D. Guillermo).	Forteza (D. Guillermo).	Hoz y de Liniers (D. V. de la).	Perez Guzman (D. Juan).	Selgas (D. José).	Tamayo y Baus (D. Manuel).

PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.						
SANTA TERESA DE JESÚS.	BALMES (D. Jaime).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito).	GRANADA (Fr. Luis de).	MALLEBRANCHE.	PADRE FÉLIX (de la C. ^a de Jesús).	
SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr.	BAUTAIN (abad).	FENELON (arz. de Cambrai).	GRATRY (abad).	MARIANA (P. Juan de).	POSADA RUBIN DE C. (patriarca).	
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.	BOSSUET (obispo de Meaux).	FLECHIER (ob. de Nimes).	LACORDAIRE (P. J.).	MASCARON (ob. de Agen.).	RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).	
SAN JERÓNIMO dr. y fr.	BOURDALOUE (P. Luis).	FLEURY (abad).	LEON (Fr. Luis de).	MASSILLON (ob. de Clermont).	SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).	
SAN IGNACIO DE LOYOLA.	DONOSO CORTES (D. Juan).	FLOREZ (P. Mtro. Enrique).	LISTA (D. Alberto).	MATHIEU (cardenal).	VEUILLOT (D. Luis).	
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	DUPANLOUP (ob. de Orleans).	GALLEGO (D. Juan Nicasio).	MADRIGAL (D. Alonso de).	MONTALEMBERT (conde de).	WISSEMAN (cardenal).	

DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.	
--	--

SUMARIO.

ARTÍCULO DE NOTICIAS, por D. José Pulido y Espinosa.—**Sección biográfica:** EL ABATE MARCHENA, traducción por doña Angela Grassi (continuación).—**Sección histórica:** EL CISMA DE ORIENTE Y LAS IGLESIAS GRIEGAS (conclusion), por D. Antonio Balbin de Unquera.—**Variedades:** FESTIVIDADES CRISTIANAS. *La conmemoración de los fieles difuntos*, por el conde de Fabraquer.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (conclusion).—**Sección poética:** LA VIRGEN DE LA ALMUDENA (romance histórico), por D. José Alvarez Sierra.—**Miscelánea.**

Grabados: CATEDRAL DE BARCELONA.—SAN NICOLÁS DE BURGOS.—SAN IGNACIO DE LOYOLA.

ARTICULO DE NOTICIAS.

Los sucesos palpitantes son para nosotros y para todo el mundo católico los asuntos de Roma. La prensa de toda Europa se ocupa exclusivamente de la gran cuestión que tiene agitada la Italia, conmovida la Francia, violentadas la España y el Austria, y en expectativa las demás naciones. Tan importante es para la humanidad entera el despojo que trata de hacerse al Sumo Pontífice de la ciudad Santa, donde han legislado por espacio de diez y ocho siglos doscientos cincuenta y ocho Pontífices. Roma tiene el derecho de capitalidad

del mundo católico, y desde el momento en que dejó de ser pagana, la Roma de los Césares se declaró la Roma cristiana, Roma de los Papas.

Ahora, cuando se empeña más el combate y arrecia la tempestad para declarar á Roma capital de Italia, es cuando preguntamos á Garibaldi y sus huestes: ¿A qué vais á Roma? ¿Preferís sea Roma capital de un reino á que sea capital del mundo? ¿Qué más derecho tenéis á Roma que tienen todas las naciones católicas? España tiene, por lo ménos, tanto derecho como la primera nación católica á sostener esa ciudad Santa, cuyo nombre entra en el símbolo de su fé, como propio de la Iglesia universal, sociedad divina, fundada por Cristo.

Para en el caso de que la fuerza y la astucia, ó el «secreto acuerdo» de que hablan los periódicos de Florencia, llegaran á consumir la obra de iniquidad, la España entera dirige hoy con millares de firmas al Santísimo Padre Pío IX el mensaje siguiente:

«Santísimo Padre: Los hijos de la católica España tienen puestos su corazón y sus ojos en Vuestra Santidad con amor inefable, con sobresalto y amargura indecibles.

Nacidos en un hidalgo país, ven con horror esa villana y sacrilega invasión de hombres sin Dios y sin conciencia en el sagrado patrimonio de San Pedro; nacidos en un país leal, admiran y aplauden la fidelidad del pueblo romano y de esos zuavos heroicos, que aman y defienden en Vuestra Santidad al más bondadoso de los Pontífices y al mejor de los Reyes.

Santísimo Padre, lo decimos con dolor y con lágrimas: es posible que por designio inescrutable de la Divina Providencia estén reservadas á la Iglesia católica pruebas más rudas todavía; es posible que Vuestra Santidad haya de dejar por algun tiempo en poder de los bárbaros esa Roma que Atila respetó, sepulcro de San Pedro, patrimonio del universo católico En este trance amarguísimo, volved los ojos, os rogamos, á España, ¡oh Padre y Rey amado! á España, único país del mundo donde solo se alzan altares al Dios verdadero; á España, donde no hay un palmo de tierra que no esté ennoblecido por las hazañas de un héroe, ó santificado con la sangre de un mártir.

Venid, ¡oh Padre! á España; dadnos este consuelo, esta dicha, esta gloria.... Os lo pedimos de rodillas.....»

Queremos dejar consignada en nuestro periódico esta petición, nacida del entrañable amor de los españoles al Vicario de Jesucristo, á la visible cabeza de la Iglesia. Y cuando la católica España hace ostensible su empeño por el Sumo Pontífice, y cuando hasta en la protestante Inglaterra se toma interés, según leemos en sus periódicos en el artículo siguiente: «En todas las capillas de Londres se celebraron el día 27 de Octubre rogativas para que cesen las tribulaciones del Sumo Pontífice de la Iglesia. En una suscripción abierta á favor del Papa, á cuyo frente se puso el conde de Denbigh, se reunieron en una sola hora sobre mil quinientas libras esterlinas;» y cuando la Francia católica se conmueve á la voz del digno Prelado de Orleans, que ya conocen nuestros lectores; y cuando hasta la misma Prusia, en medio de sus elementos protestantes, abdica la resolución de la cuestión romana en manos de las potencias católicas, porque «á ellas (dice Bismarck en un célebre documento) toca dar la solución conveniente,» ¿será posible se consume, *por un acuerdo secreto*, la inicu obra de alejar al Pontífice de su silla y á la Iglesia católica de su ciudad? El tiempo aclarará el misterio, y Dios proveerá lo justo.

Las noticias que hoy recibimos nos dicen que á Roma van los ejércitos de Napoleon, á Roma van los ejércitos de Víctor Manuel, y á Roma van las partidas de Garibaldi. ¿Será una intervención combinada para dar solución á la cuestión de interés general del catolicismo? ¡Ah! con cuánta razón se lamenta el Padre común de los fieles cuando en la encíclica que acabamos de recibir asegura «no hay nadie,» excepto Nuestro Señor Dios, que sostenga la lucha en nuestro favor.

La copiamos íntegra, como documento en que resalta la fé del bondadoso Pío IX.

ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD

CON MOTIVO DE LOS SUCESOS ACTUALES

«Venerables hermanos: Salud y bendición apostólica. Levantad los ojos á vuestro alrededor y deplorareis conmigo las abominaciones detestables que hoy están desolando la desgraciada Italia, principalmente en cuanto á Nos; adoramos humildemente los juicios impenetrables de Dios, que ha querido que viviésemos en esta época tan dolorosa, en que por el hecho de algunos hombres, y muy principalmente de aquellos que gobiernan y dirigen los negocios públicos en la infortunadísima Italia, son enteramente despreciados los venerables mandamientos de Dios y las leyes de la Santa Iglesia, y la impiedad levanta impunemente la cabeza y triunfa. De aquí proceden todas las iniquidades, todos los males y castigos que vemos con el mayor dolor de nuestra alma; de aquí esas numerosas falanjes de hombres que caminan en la impiedad, sirven bajo

la bandera de Satán, en cuya frente está escrito: mentira; y esos hombres, á quienes se apellida rebeldes, vuelven su boca contra el cielo, blasfeman de Dios, profanan y desprecian todo lo sagrado, y atropellando todos los derechos divinos y humanos, solo respiran, como los lobos rapaces, la destrucción, derraman sangre, pierden á las almas con sus graves escándalos, y buscan con gran injusticia el provecho de su propia maldad, robando por medio de la violencia los bienes de otros, contristando al débil y pobre, acreciendo el número de las desgraciadas viudas y de los desgraciados huérfanos, y mientras en recompensa hacen gracia á los impíos, rehusan al justo la justicia, le despojan y se esfuerzan en su corrupción, por estimular vergonzosamente todas las malas pasiones, con gran perjuicio de la misma sociedad civil.

De esta raza de hombres perdidos es de la que en la actualidad estamos rodeados, venerables hermanos. Estos hombres, animados de un espíritu completamente diabólico, quieren enarbolar el estandarte de la mentira hasta en nuestra ciudad bienhechora, al lado de la cátedra de San Pedro, centro de la verdad y de la unidad católica. Y los jefes del gobierno piamontés, que deberían reprimir á semejantes hombres, no se avergüenzan de apoyarlos con todo su celo, de facilitarles armas y todas las cosas necesarias para facilitarles el acceso á esta ciudad.

¡Pero que tiemblen todos estos hombres por más que estén colocados en el más elevado puesto de la potestad civil! Por esta conducta verdaderamente perversa, caen en los lazos de los castigos y censuras eclesiásticas. Y aunque en la humildad de nuestro corazón no dejemos de pedir y suplicar con todas nuestras fuerzas al Dios de las misericordias para que se digne conducir á todos estos hombres desgraciados á una saludable penitencia y al recto sendero de la justicia, de la religión y de la piedad, á pesar de esto no podemos callar los graves peligros á que estamos expuestos en esta hora de tinieblas.

Nos esperamos con espíritu completamente tranquilo los sucesos, cualesquiera que sean, aunque sean promovidos por medio de fraudes, calumnias y mentiras criminales; porque ponemos toda nuestra esperanza y confianza en Dios, autor de nuestra vida, nuestro socorro y consuelo en todas las tribulaciones, y que no sufre que sean confundidos los que esperan en él, destruye las maquinaciones de los impíos, y confunde á los pecadores.

Mientras tanto no podemos prescindir, venerables hermanos, de denunciar á vosotros y á todos los fieles confiados á vuestro cuidado la tristísima condición y los graves peligros en que nos encontramos hoy por culpa del gobierno piamontés particularmente. Pues aunque estamos defendidos por la bravura y adhesión de nuestro fidelísimo ejército, que está dando pruebas de un valor casi heroico, es evidente que no puede resistir largo tiempo al número, cada vez más considerable, de sus inicuos agresores.

Y aunque experimentamos grandísimo consuelo por la piedad filial de que nos da pruebas el resto de nuestros súbditos, reducidos á

un pequeño número por criminales usurpadores, también tenemos que lamentar los graves males que les ocasionan esos batallones de hombres feroces criminales que continuamente les espantan con amenazas de toda especie, los despojan y atormentan de mil maneras.

Todavía tenemos que lamentar otros males que nos producen inconsolable amargura. Ya sabéis, principalmente por nuestra alocución consistorial del 29 de Octubre del año último, y además por una exposición impresa con piezas justificativas, con qué calumnias son perseguidos la Iglesia católica y sus hijos del imperio de Rusia y del reino de Polonia. Los Prelados católicos, los eclesiásticos y los fieles legos son desterrados, presos, maltratados de todos modos, despojados de sus bienes, afligidos y oprimidos por penas severísimas, y los cánones de la Iglesia enteramente atropellados.

No contento con esto el Gobierno ruso, continúa, según el plan de sus predecesores, violando la disciplina de la Iglesia, rompiendo los lazos de unión y de comunión que existen entre esos fieles y nuestra Santa Sede, y haciendo todas las tentativas y esfuerzos posibles para destruir completamente en sus dominios la religión católica, arrancar esos fieles del seno de la Iglesia, arrastrándolos al cisma más funesto.

Con gran dolor de nuestra alma os hacemos saber que este Gobierno ha publicado recientemente dos decretos después de nuestra última alocución arriba mencionada. Según los términos del decreto de 22 de Mayo último, en virtud de una horrible audacia, la diócesis de Podlaquia en el reino de Polonia, ha sido destruida enteramente con sus colegios de Canónigos, su consistorio general y su seminario de diocesano; el Obispo de esta diócesis ha sido arrancado á su rebaño y obligado á abandonar inmediatamente el territorio de la diócesis.

Este decreto es análogo al 3 de Junio del año precedente, del que no hicimos mención porque ignorábamos su existencia; por este decreto no tuvo inconveniente el Gobierno en suprimir por su propia voluntad y autoridad la diócesis de Kamenetz, destruir su colegio de Canónigos, su consistorio y su seminario, arrancando violentamente de la diócesis al Prelado.

Encontrándonos privados de todos los medios, viendo que se nos cierran todas las vías por medio de las cuales podíamos comunicar con estos fieles, y no queriendo exponerlos á la prisión, al destierro y á otros castigos, nos hemos visto obligados á insertar en nuestras efemérides un acto en el que hemos creído deber ocuparnos en el ejercicio de la jurisdicción legítima de estas vastas diócesis, y de las necesidades espirituales de los fieles, á fin de que llegase, por medio de la impresión, á estas localidades, la noticia de la resolución que habíamos tomado. Todo el mundo comprende perfectamente con qué intención y con qué objeto han sido publicados por el Gobierno ruso puesto que á la ausencia de muchos Obispos se añade todavía la supresión de las diócesis.

Lo que más aumenta nuestra desolación, venerables hermanos, es un decreto promulgado por el mismo gobierno el 22 del mes de

Mayo último, en virtud del cual se ha constituido en San Petersburgo un colegio llamado colegio eclesiástico católico romano, presidido por el Arzobispo de Mohilev.

Todas las preguntas, aun las que se refieren al dogma y á la conciencia, que se nos dirigen á Nos y á la Santa Sede apostólica por los Obispos, los Sacerdotes y los fieles del imperio ruso y del reino de Polonia, deben ser dirigidas primeramente á este colegio, el cual está encargado de examinarlas, ver si exceden el poder de los Obispos, y en caso contrario, hacérselas enviar. Además, cuando llegue nuestra decision al presidente del antedicho colegio, está obligado á enviarla al Ministro del Interior, á fin de que éste examine si hay en ella alguna cosa contraria á las leyes del Estado y de los derechos del soberano, y que le da permiso en seguida, segun su voluntad y su parecer, si nada encuentra de esta naturaleza.

Bien veis, venerables hermanos, cuán detestable y condenable es un decreto de este género, fomentado por un poder lego y cismático, decreto que da un golpe hasta á la constitucion divina de la Iglesia católica, que es contrario á la disciplina eclesiástica, y constituye el atentado más grande á los derechos de nuestro pontificado supremo, lo mismo que á la potestad y á la Santa Sede de los Obispos que liga á la potestad del pastor soberano de todos los fieles, y que impulsa á éstos hácia un infuñestísimo, decreto, en fin, que viola, atropella el mismo derecho natural en sus relaciones con los asuntos que interesan la fé y la conciencia. Añadir á esto que la iglesia católica de Varsovia ha sido destruida, y que los Obispos de Chelm y de B.... (*Betiensi diócesi Rhuthenorum*) están igualmente amenazadas de triste ruina. Lo que es más deplorable, es que se ha encontrado un sacerdote llamado Wayciki, hombre de una fé dudosa, el que, con desprecio de todas las penas y censuras eclesiásticas y sin temer el juicio terrible de Dios, no ha temido recibir del mismo poder civil, el gobierno y cuidado de esta última diócesis, y de hacer muchas ordenaciones contrarias á la disciplina eclesiástica, y que favorecen un cisma de los más funestos.

En medio de todas estas calamidades y de todas estas angustias que han caído sobre la iglesia y sobre Nos, como no hay nadie, excepto nuestro Señor Dios, que sostenga la lucha en nuestro favor, os suplicamos, venerables hermanos, en nombre de vuestro amor y de vuestro celo por los intereses católicos, y en nombre de vuestra profunda piedad hácia Nos, que unais vuestras más fervientes plegarias á las nuestras, para suplicar á Dios sin descanso con todo vuestro clero y vuestro pueblo, que acordándose de su eterna misericordia, retire de nosotros su indignacion y nos libre á nosotros y á su Iglesia de este diluvio de males: que preste el socorro y la proteccion de su poder infinito á los hijos de esta misma Iglesia, que en casi todos los paises, y sobre todo en Italia, lo mismo que el imperio ruso y reino de Polonia, se encuentran luchando con tantas asechanzas y son afligidos con tantas pruebas dolorosas, para que les conserve y les fortifique más y más cada dia en la profesion de la fé

católica y de su doctrina saludable; para que confunda los proyectos impíos de los enemigos de la iglesia, separe á éstos del abismo de la iniquidad, y los conduzca al sendero de sus mandamientos.

Por consecuencia, queremos que ordeneis en vuestras diócesis un *triduum* de oraciones en el término de seis meses, á contar desde este dia, y de un año para los paises de Ultramar. A fin de excitar el celo de los fieles para que asistan á estas rogativas públicas á rogar á Dios por sí mismos, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de sus pecados á todos y cada uno de los fieles de uno y otro sexo que, confesados y comulgados, asistan devotamente á las súplicas clementes estos tres dias, y pidan á Dios, segun nuestros deseos, por las necesidades actuales de la Iglesia.

En cuanto á los fieles que, contritos, al menos en su corazon, practiquen las obras prescritas en cada uno de los dias antedichos, les concedemos, segun las formas habituales de la Iglesia, una indulgencia de siete años y siete cuarentenas, por las penitencias en que hubieren incurrido, de cualquier clase que sean.

Todas estas indulgencias penden de pecados y de penitencias; las acordamos en el Señor á los fieles que, unidos á Dios en la caridad, se han separado de esta luz, siendo hecha su aplicacion por via de sufragio, no obstante cualquier oposicion en contrario.

Por último, nada seguramente más dulce para Nos que aprovechar con júbilo la ocasion presente para atestiguar y confirmar de nuevo la gran benevolencia que os profesamos en Dios.

Como la mejor prenda de esta benevolencia, recid la bendicion apostólica que os damos con efusion de corazon á vosotros, venerables hermanos, y á todos los eclesiásticos y legos, fieles confiados á la vigilancia de cada uno de vosotros.

Dado en Roma en San Pedro, en 17 de Octubre de 1867, el año 22 de nuestro Pontificado.

Pío P. P. IX.

SECCION BIOGRÁFICA.

EL ABATE MARCHENA.

(Continuacion.)

Debia sentirse al mismo tiempo halagado de entrar de nuevo, con la frente erguida, en esa España de la cual habia salido fugitivo, y de coadyuvar abiertamente al triunfo de las ideas, que habian puesto su vida y su libertad en peligro.

Pero en un país como España, en donde las instituciones y las costumbres han echado tan profundas raíces, muchas cosas que se creen muertas guardan á veces todo su imperio.

Infinitas personas hubieran podido creer,

por ejemplo, que el fantasma de la Inquisicion se habia desvanecido delante del primer soldado francés que habia pasado la frontera, y con esta creencia, ni aun se pensó en suprimirla oficialmente. En particular Marchena, no se acordaba ya de ella, pero ella no le habia olvidado, y así que llegó á Madrid, se vió de repente sorprendido, preso y arrojado en un calabozo, en nombre de esa potencia misteriosa, con la cual ni él ni nadie pensaba tener que contar en lo sucesivo.

Era Inquisidor general en esta época el arzobispo de Zaragoza, Don Ramon José de Arce, Prelado lleno de energía y de firmeza. Murat le envió una reclamacion, pidiéndole á su secretario, y como la urbanidad del mensaje fuese tomada por debilidad, recibió una negativa.

Comprendió entónces Murat que habian ido por mal camino, y ordenó á una compañía de granaderos que fuese á buscar á su secretario. Cumpliése esta orden tan rápida y bruscamente, que no hubo tiempo para poner en seguridad al prisionero.

Puesto en libertad, y llevado en triunfo hasta su casa, Marchena no se vengó de la Inquisicion mas que escribiendo contra ella un epigrama, al estilo de Marcial, que encierra más saña que talento, y que nos revela por qué no supo imitar á Catulo, el poeta de todas las elegancias y de los rasgos punzantes, pero envueltos en un tupido velo de delicadeza y finura.

«¡Bien diferentes de estos, dice con razon Don Gaspar Bono Serrano, son los bellos y sencillos versos que Fray Luis de Leon dejó escritos en las paredes de su cárcel, en Valladolid!»—Mejor inspirado estuvo, añade el mismo biógrafo, en otro epigrama, que hizo para ridiculizar una traduccion de la muerte de César de Voltaire, que acababa de publicar el ministro Urquijo,

El rey José, que sucedió en el Gobierno de la Península á Murat, conservó junto á sí á Marchena, y le nombró director de la *Gaceta* y archivero mayor del Ministerio del interior, concediéndole al mismo tiempo una pension, para que pudiese publicar las traducciones que habia hecho de las obras francesas.

Tales fueron *El Tartuffe* y el *Misanthrope*, ambas traducidas en verso, y representadas con grande aplauso en los dos teatros literarios de Madrid, el de la Cruz y el del Príncipe.

Nosotros hemos visto demoler el primero; el segundo existe todavia.

El rey José habia creado una orden, cuyos estatutos eran poco más ó menos los mismos que los de la *Legion de honor*, y condecoró con ella á Marchena.

Moratin, que la llamaba en broma la Cruz

del pentágono, aludiendo á los cinco brazos de que estaba formada, halló sin duda que era más fácil burlarse de la condecoracion que rehusarla, y no se desdenó, segun dicen, de adornarse con ella.

Nada hay estable en el mundo, y llegaron otra vez los dias de luto y amargura.

El rey José salió de Madrid, no atreviéndose á esperar en la capital al ejército español, y Marchena siguió á la corte fugitiva, y á los que se habian comprometido por su causa, que buscaron un asilo en Valencia.

Llegado á este punto, dejaré hablar al mismo biógrafo, del cual he tomado los hechos anteriores. Sus recuerdos personales comunicarán al relato más viveza y autoridad, al paso que arrojarán una luz imprevista sobre el fondo de esa alma que parece entregada por entero á la incredulidad más funesta.

«En la ciudad del Cid, dice Don Gaspar Bono Serrano, Marchena tenia costumbre de reunirse, casi todos los dias, con algunos poetas y literatos de su partido, en la librería de Salvador Fauli, donde aquel hacia la más cínica ostentacion de sus ideas antireligiosas. Melendez Quinto, Moratin y algunos otros, impugnaban enérgicamente al incrédulo abate, quien con su extraordinaria erudicion y su infatigable facundia, hacia frente á todos, de tal modo, que se le podia aplicar muy bien, lo que la Santa Escritura dice de Israel: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.*»

Pero ahora vamos á ver lo que á veces se esconde detrás de la aparente incredulidad de un español.

Bono Serrano continúa en estos términos:

«El librero de quien venimos hablando, tenia hijos pequeños, y deseaba darles una educacion cristiana. Alarmado con las atrevidas peroratas de Marchena, tomó un dia la determinacion de ir á su casa, para suplicarle que se abstuviese de pronunciar frases irreverentes delante de su familia. ¡Pero cuál no fué su sorpresa cuando halló al panegerista volteriano absorto en la lectura de la *Guia de pecadores*, obra maestra del venerable Fray Luis de Granada!

«Marchena, que vió la sorpresa y la admiracion pintadas en los ojos del timorato Fauli, le dirigió con una sonrisa llena de sinceridad y buena fé las palabras siguientes, que el librero estaba muy léjos de creer que pudiesen salir de sus labios.

—«Yo no me asombro de vuestra sorpresa al hallarme abismado en el estudio de este libro piadoso. Mayor será cuando os diga lo que vais á oír, y que es la pura verdad. ¿Veis este libro, bastante usado, para que pueda probarnos que ha sido tan manoseado y leído como los breviarios de que se sirven nuestros sacerdo-

tes para rezar sus oraciones? Pues esto consiste en que hace más de veinte años que lo llevo conmigo, y en que no se ha pasado ni un solo dia sin leer alguna de sus páginas. Fué mi compañero durante la época del terror, y en los calabozos de París: no le olvidé en mi fuga precipitada con los Girondinos, me siguió á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me sucede con este libro una cosa, que yo no acierto á explicarme á mí mismo. ¡No puedo, ni leerlo, ni dejar de leerlo!

«No puedo leerlo, porque persuade mi inteligencia y subyuga mi voluntad de tal modo, que todo el tiempo que empleo en su lectura me parece que soy tan cristiano como las monjas ó los misioneros que van á morir á la China ó al Japon, por la fé católica. No puedo dejar de leerlo, porque no conozco en nuestro idioma otro libro más admirable que el que tengo entre mis manos.

«Este hecho extraordinario lo supe en Valencia, en 1827, de los labios del mismo Fauli, el cual añadió, que igual á su sorpresa fué la que experimentaron todos los amigos de Marchena, al enterarse de lo que le habia sucedido.

«Muchos años despues, Don Juan Nicasio Gallego me contó el mismo hecho, diciéndome que lo sabia por un amigo del abate, á quien este último se lo habia referido.»

¿No se acordaria nunca Marchena, leyendo la *Guia de pecadores*, del pobre Benedictino de la conserjería? ¿Quién sabe? ¡Puede ser que al verle ocupado en la lectura de Fray Luis de Granada, concibiese el monje la esperanza de convertir al español! ¡Era, efectivamente, el libro del santo doctor un extraño *Vade-mecum*, para un revolucionario incrédulo!

La accion de Vitoria, decidió de la suerte de la nueva dinastía, y José volvió á Francia.

Marchena tuvo que espatriarse por segunda vez, y se retiró primero á Nimes, despues á Montpellier, y por último, á Burdeos.

La ciudad de Montpellier debe tener un secreto atractivo para los poetas españoles. Melendez Valdés murió allí, y fueron dos poetas, el duque de Frias y Nicasio Gallego, quienes le elevaron un modesto túmulo, al cual la España acaba de reclamar los restos gloriosos de su hijo.

En Burdeos hizo, ó á lo ménos imprimió Marchena, las traducciones, cuyo producto debia asegurarle la subsistencia de su últimos dias, publicando sucesivamente en español *El Emilio y la nueva Eloisa*, las *novelas y los cuentos filosóficos* de Voltaire, *El origen de los cultos* y las *Cartas Persianas*. ¡Ah! ¡cuán poco se parecían todos estos trabajos á las obras elocuentes de Fray Luis de Granada!

Sin embargo, ese amor de la patria, que

nada puede reemplazar, ni aun en el ánimo de aquellos que al parecer han renunciado á su nacionalidad, subordinando al triunfo de sus ideas, hasta los instintos más indestructibles del alma, no dejó á Marchena que gozase en paz del asilo que habia encontrado en Burdeos. Apoderose de él un deseo imperioso é irresistible de volver á ver, siquiera por la vez última, esa patria que tantos extravíos tenia que perdonarle, y sobre todo, el haber vivido tan poco para ella.

(Se continuará.)

SECCION HISTÓRICA.

EL CISMA DE ORIENTE

Y LAS IGLESIAS GRIEGAS.

VI.

De Pedro el Grande de Rusia pudiera con razon decirse lo que de Isabel de Castilla pensaba el cronista Hernando del Pulgar, que lo que pareció imposible á muchos soberanos en dilatada série de siglos, fué para uno fácil empresa en el corto espacio de un reinado. Solo así se comprende que los antiguos vasallos de la *Horda de oro*, abandonada su primera fiereza, entrasen en comunidad de vida, y de intereses con el resto de Europa, que se creasen ejército y marina, que se fomentasen las ciencias y artes con notable resultado, que se inclinase al lado de Rusia la balanza de los destinos del Norte, hasta entónces favorable á la Suecia, y que todo presentase nuevo aspecto en Europa con la aparicion de ese poder, el cual temia Napoleon, que en terrible alternativa con las ideas republicanas, llegase ántes de concluir este siglo á ser el árbitro de Occidente. Si los vicios del hombre deslustraban las virtudes del soberano, no era seguramente en la historia el primer ejemplo el ofrecido por Pedro á nuestra enseñanza, y acaso se debiese más que á otras á tal circunstancia el interés y atencion con que fijaron en Rusia su vista las demás potencias. El mismo, trabajador en Saardam, simple soldado en su patria, cortesano en París, profundo político en cuanto se referia á los estados lejanos que pudieran contrarestar su influencia, humilde oyente y discípulo de Le Fort, maestro de cuantos despues han regido los destinos de su patria, puede creerse con fundamento siguió inspirándose el siglo pasado y el presente, habiéndoles dado á entender en su famoso testamento, que no gozaria de influencia aquel inmenso imperio que constituia, si sus armas no llegaban en triunfal carrera hasta las puertas de Constantinopla por una parte, y por otra no hacian sentir su dominacion en el Occidente de Europa, unciendo á su carro los demás pueblos

de raza eslava que pagaban con sus continuas disensiones la falta de habilidad con que habían organizado su gobierno. Por este prisma debemos observar á Pedro, no por el que le observaban los filósofos franceses, que le convertían en modelo de príncipes, tan ideal como el Ciro de Jenofonte, ó el Trajano de Plinio, apreciando en lo que valían sus grandes cualidades y achacando sus vicios, como los de todo génio, no tanto á su personalidad, como á su país y á su tiempo.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado continuaron, reinando Pedro, en el mismo estado que bajo sus predecesores. Con todo, á la muerte de Adriano, publicó un razonado manifiesto, en que declaraba su intencion de abolir para siempre la dignidad Patriarcal, creando un Sínodo para ser el alma de sus deliberaciones. Reservábase el cargo de Presidente, elegía los más de sus miembros y se arrogaba facultades importantísimas, aun en el orden político, como la de revisar toda impresion y vigilar por el descubrimiento y castigo de toda clase de delitos. Tan extraordinaria mudanza, que caminó á la par con las políticas y administrativas, vino á unir en Rusia ambos poderes espiritual y temporal en mano del Emperador, como habían hecho ántes algunas comuniones protestantes de Occidente. Tratar á fondo de su conveniencia ó inconveniencia, es empresa superior á nuestras fuerzas; solo diremos, que entre los absurdos inventados por los disidentes de la verdadera creencia, es tal vez el más deplorable, como que concentra en un solo individuo toda sancion y todo imperio en la conciencia y en el fuero externo, siendo incompatible con la verdadera libertad, y apto solo á producir esas falsas civilizaciones del Asia y el visible letargo y decadencia á que se halla reducido siglos hace todo el Oriente.

A principios del pasado siglo, visitó el Czar la corte de Francia, y con este motivo debemos hablar de un proyecto de reunion no muy conocido de las Iglesias latina y rusa. El 17 de Junio de 1717, se le presentó una exposicion llena de sara doctrina y grande deseo de conciliacion, en que se enumeraban detenidamente los puntos de contacto y divergencia entre ambas comuniones, documento que se mirará siempre como uno de los más notables que ha producido la ilustre escuela de la Sorbona (1). Para que pueda formarse idea de sus tenden-

cias y contenido, transcribiremos algunos párrafos:

«No podemos terminar este escrito, que la pronta marcha de V. M. nos ha obligado á componer precipitadamente, sin dirigir nuestras plegarias al Soberano Señor de cielo y tierra, por el dichoso viaje de tan augusto Príncipe, y para que adquirida tanta gloria con restablecer el esplendor del imperio, la aumente más cada dia, sometiendo sus estados á la religion católica, y ensanchando el reino de J. C., de quien emana su autoridad. Ojalá, nuevo Ciro, sea el reflejo de aquel que fué instrumento de la divina misericordia, al decir del Profeta, atrayendo felizmente á sus pueblos á la luz de la verdad, procurándoles los bienes de la paz y de la concordia, destruyendo el muro de division, poniendo término á inveteradas enemistades de ambas Iglesias, á fin de que haya un solo pueblo fiel, como una religion y una Iglesia. Piedad y amor á la fé, que le ensalzarán sobre sus antepasados, más que sus otras cualidades heroicas y la autoridad suprema de que está investido, más respetable por sus raras virtudes que por aparato alguno de la majestad real, nunca más firme é incontrastable que cuando se emplea en pró de la causa de Dios, y como cumple á un hijo de la Iglesia, se consagra á su restablecimiento y conservacion.»

Con nosotros habrán admirado nuestros lectores el tono enérgico y apasionado en que se expresaban los doctores de París; pero sin esfuerzo alguno habrán tambien comprendido que tales negociaciones quedarian sin resultado. La contestacion de los Obispos rusos lleva la fecha del 15 de Julio de 1718. Obedeciendo la orden del Emperador, ofrecian, previa consulta á los Prelados orientales, tratar detenidamente la cuestion; lo mismo respondian al Arzobispo de París, Cardenal de Noailles. Publicóse en contra del proyecto una obra que se atribuía con más ó ménos razon á Juan Francisco Budeo, tal vez debida al Arzobispo de Novogorod, con que se contuvieron en la persecucion de la empresa, aun Prelados como el de Resan, que en su obra *Petra fidei*, contestó individualmente á las objeciones hechas por Budeo. Biren, por último, que se habia ganado el favor de la Emperatriz, opuso tantas y tales dificultades á la realizacion del proyecto, que relegado á la historia, es una de las mil aspiraciones que no han pasado á la práctica, más por rivalidades personales y limitados designios que por mala disposicion de los ánimos en la mayoría de los habitantes del imperio (1).

Iguales en resultados fueron el propósito

(1) Evans.—Bosquejo estadístico de las comuniones cristianas (en inglés). Memorias de la Acad. de Arqueología en Rusia.—Sobre las imágenes en el rito griego.

de Clemente XI, al enviar á Rusia misiones de Dominicos y Capuchinos, el encargo dado por los profesores de la Sorbona á un Presbítero francés, á quien se confió la educacion de los hijos de la princesa Gallitzin; los continuos esfuerzos del representante de España, duque de Liria, que tantos elogios merecieron á todos los buenos católicos, y por último, que los plenos poderes dados por los doctores de París, en 1728, para concluir amistosamente las diferencias á personajes franceses que se dirigian á la corte de Rusia. El gran Pontífice Benedicto XIV, que por sus cualidades personales se adquirió el amor de los protestantes, tampoco pudo hacer que la tan deseada union se verificase; pero en cambio, entrado ya el presente siglo, ha sufrido la Rusia tantas modificaciones en su constitucion, que tal vez no esté lejano el dia en que se añada el vínculo religioso á los demás que hermanan sus instituciones con las propias de las naciones de Occidente. Por dos ocasiones, con motivo de las guerras de Napoleon y la de Oriente, ha visto recorrer su territorio fuerzas francesas, y con ellas asomarse á sus confines las nuevas ideas de libertad y progreso, tan vulgares en la restante Europa, y á no dudarlo, la mano vigorosa y benéfica que ha dado la libertad á tantos millones de esclavos, si alguna vez cede, en Polonia, cederá tambien en el interior del país á las exigencias propias del siglo, y se consolidará tal vez estrechando sus límites; pero acreciendo su significacion ese imperio que hoy se extiende desde el Mar Baltico al Caspio, y desde el Blanco al Negro. Entonces la civilizacion general, cuyos pasos ha sido rehacio en seguir cual debiera, le tendrá como representante en el Asia, y descargará en él el cuidado de hacer partícipe de sus beneficios al N. O. de América, porque entonces, y solo entonces, será digno de llevar su voz, cuando no la sofocuen ni pueblos oprimidos al exterior, ni siervos en el corazon del país, ni falsos amigos, por último, que den torcida direccion á sus destinos, explotando su ignorancia (1).

(1) Escrito ya este artículo, las posesiones rusas de America se vendieron á los Estados Unidos.

NOTA. Estadística de la iglesia griega.

Las continuas vicisitudes del Oriente, han sido causa de que emigren á Italia, especialmente á Nápoles, muchos griegos ortodoxos, que en Bari y otras diócesis, conservan su rito. (Geog. ecles. de La-Croix, etc.)

Segun los últimos datos estadísticos, relativos á Grecia, la mayoría del país profesa la religion griega, tanto, que siendo su poblacion de 1.096.810 habitantes; hay solamente 9,338 para las demás comuniones cristianas, y 322 no cristianos.

Por lo que hace á Rusia, tenemos preciosos datos en el libro titulado «Relacion detallada de los Estados de Rusia, mandada hacer para instruccion de la juventud, por Catalina II.—1,787 y posteriormente se ha averiguado que el clero griego cismático, comprendidos los órdenes inferiores y sus familias, comprende 503,803 almas, y el de todas las otras religiones 34,602, en lo que se incluyen los griegos ortodoxos; de modo, que aun siendo idólatra todavía gran porcion del imperio, el clero de todas las religiones asciende en el personal á 538,467 sacerdotes con sus hijos.

(1) Acompañanle las firmas siguiente: Luis Habert.—Jacques Cristophe Bricquet.—Joseph Lambert.—Antoine Lemoyne.—Luis Courcier.—J. Baptiste du Rueil.—Guillaume de la Marc.—Francois Pierre de Beine.—Etienne du Bourg.—Francois Hyacinthe de San.—Francois Salmon.—Laurent Francois Boursier.—Antoine de la Chassign.—Vincent de Belloy de Francieres.—Barthelemy de la Fleuttrie.—Noel Antoine Lefebvre.—Charles Antoine Thouvenot.—Edmon Marcuil.—Francois Vivant, Chancelier de l'Université.

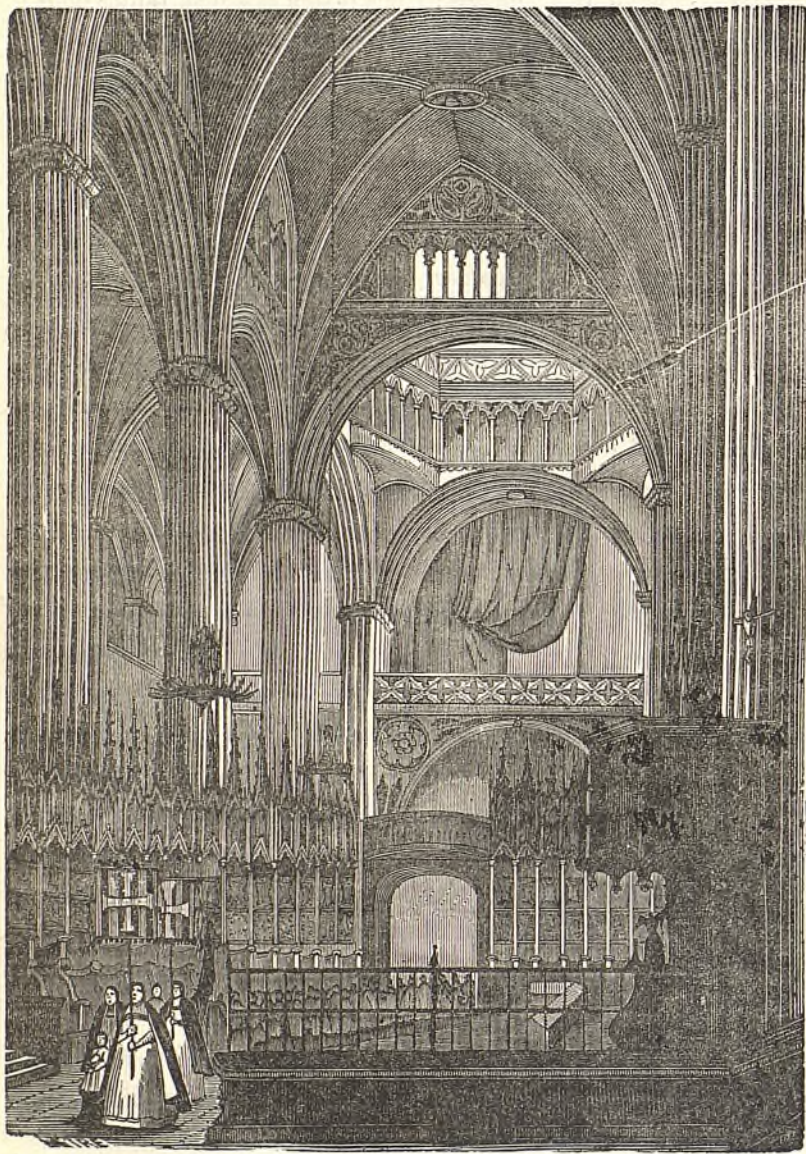
Háse dicho que la libertad política había entrado en el mundo con la de pensar en materias religiosas, con el libre exámen, con la reforma del siglo XVI. ¡Absurdo evidente! Países que la admitieron como Inglaterra eran ya libres por tradición y tenían arraigadas hasta en su carácter las bases de su constitución, ántes que Wiclef diese el primer grito de alarma, que más tarde había de propagarse por el continente; otros como Alemania, centro desde la reforma hasta el día, de una libertad religiosa hasta rayar en incredulidad, de una ma-

organización, y disfrutaban lozana, y lo que aun es peor, pacífica existencia.

VII.

¿Y será Rusia, potencia cismática, la destinada principalmente á proteger los cristianos de Turquía y del Oriente en general? Sus perpétuas miras de conquista y dominación más allá del Helesponto entran más de lo justo en semejante aspiración, y Europa necesita conservar en equilibrio aquellas dos potencias

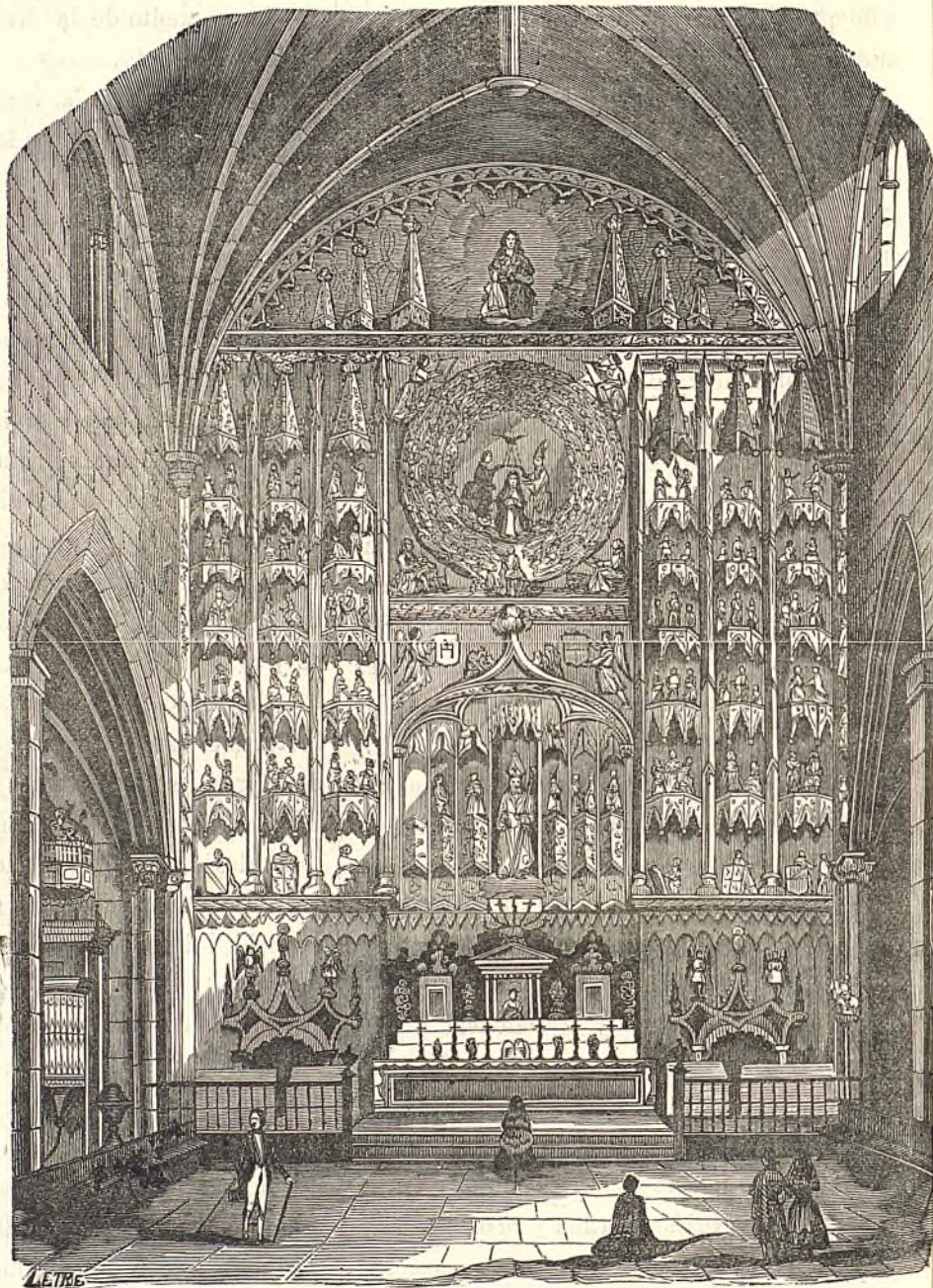
los antecedentes de la gran cuestión de Oriente, á la vez religiosa y política, á veces suspendida en su curso, pero nunca olvidada. Dos cuestiones envuelve, la destrucción ó conservación de un imperio, y el progreso ó ruina de una religión en el Asia; de ambas, la primera, después de tratarse en multiplicadas negociaciones diplomáticas, y someterse á los trances de la guerra, ha quedado sin resolverse; la segunda permanece intacta. Hoy, que tanto se estrechan los vínculos de amistad entre las naciones, y cada país se da por cuan-



CATEDRAL DE BARCELONA,

terial y comercial, hasta borrar para este efecto las fronteras de los pueblos con el Zollverein, de una científica, hasta podersele aplicar el dicho relativo á otro pueblo, que no hay teoría por extraña y absurda que parezca, que no preocupe alguna inteligencia en la moderna Alemania, otros países como este, repito, apenas se atravien hoy á estampar en sus constituciones principios obvios y vulgarísimos á los campesinos suizos del tiempo de Tell, y á los barones ingleses del de Juan sin Tierra, y consienten en los actuales, que restos considerables del feudalismo, penetren en su íntima

que hoy no pueden considerarse como iguales; Turquía, más débil, ha visto separarse por la intervención de las grandes potencias las más preciosas posesiones, las que en la costa del Mediterráneo le estaban sometidas, el Egipto y la Grecia; á Rusia, más poderosa, se contentarán con señalar fijas sus fronteras y oponer la influencia de Inglaterra, á la que pretendiera gozar sobre el Asia. Pero en ambos casos hay la misma tendencia en la desmembración de Turquía, y en la actualidad, en su apoyo y protección, y en los poderosos obstáculos opuestos á la marcha de Rusia. He aquí



SAN NICOLÁS DE BÚRGOS.

tos medios están á su alcance á conocer en lo que vale á todos los otros, ¿habrá llegado el tiempo de restablecer en el Oriente el florecimiento de nuestra religión, ó las cultas naciones de Europa dejarán perecer egoístas y soberbias, con sus adelantos materiales, los gérmenes de vida que podrán animar los postrados imperios del Asia, y dejarán arruinarse los materiales del edificio de la civilización que á una levantan todos los pueblos por complacer mezquinos sentimientos nacionales? En otro tiempo se armaban la juventud y nobleza de Occidente para rescatar de los infieles el

usurpado sepulcro de Cristo; obra era de la religion tan extraordinario movimiento; hoy la política domina y arregla el mundo, y obra suya es la conservacion de aquellos paises en poder de los turcos. Estos, abatido su antiguo poder, han entrado en la via de las concesiones; las potencias católicas los favorecen por miras políticas, que así estrechan la amistad de las más apartadas naciones, como suscitan terrible enemiga entre pueblos hermanos, cosa muy propia de un siglo en que, invocando el nombre de Dios y la Santísima Trinidad, cismáticos y católicos, dan origen por designios personales á la Santa Alianza, y en que Austria, Prusia y Rusia celebran tratados en que la parte pública y conocida solo es una lección de moral, por demás vulgar é inoportuna, y en la secreta, procuran desorganizar los pueblos, y sobre las ruinas de todos los más próximos y menos poderosos, establecer con escándalo de Europa un poder arbitrario.

Mucho desconfiamos, no hay para que negarlo, de la filantropía del siglo presente; pero renegamos de la que sirve de pretexto en miras políticas y circula en documentos diplomáticos. Nuestro siglo pretende aplicar las leyes de concordia y caridad, no solo á los individuos, sino á las naciones, ¡y aun subsisten tantas injusticias sociales! Byron, el exceptico cantor inglés, no obraba de este modo con los pueblos que excitaban sus simpatías: deponía su lira cuando los veía prontos á rehabilitarse, y empuñaba la espada, así como al contemplarlos aletargados y olvidados de su historia, cuidaba de recordárselas con preciosa poesía. Sobre la tumba de los persas, decía, nunca pude considerarme esclavo (1). De esta manera se comprende que pasen los pueblos de un estado de aniquilamiento y postracion, á otro de vida y de influencia, haciéndose dignos de lo que fueron, y no como han nacido algunas poderosas monarquías, sirviendo de intermediarias en las relaciones de dos estados colindantes y poderosos á los que alternativamente, y segun las reglas de astuta política, daban ó negaban auxilio. El mapa de Europa no tardará en sufrir considerables variaciones; pero los soberanos llamados á verificarlas, no lo harán siguiendo las bases naturales, como Edmundo Abont y otros publicistas modernos; así no es de extrañar que unos agrupen los pueblos segun los intereses de raza y religion, no menos que de idioma, otros toman por base

de sus combinaciones los tratados y convenios de las potencias; otros, por último, bien avenidos con su siglo, las personas y cosas que les rodean, desean conservarlo todo en su estado actual, circunstancia sin la que se resisten á creer puedan existir unidos ni un momento la libertad y el orden.

El indiferentismo del siglo que mina todas las creencias, hace muy difíciles las guerras religiosas; pero como tampoco su dominacion es absoluta, y á las miras de ciertos políticos pudiera convenir como instrumento, aun prescindiendo de la importancia de móvil tan poderoso, de aquí que las cuestiones religiosas puedan con facilidad tornarse políticas y ensangrentar los campos, como en pasados tiempos las dinásticas. Y mientras los pensamientos del estadista y los designios y disposiciones del legislador tienden al mismo fin, que es el de unir los pueblos con el lazo que más fuertemente los ata, se trabaja poco á poco,



SAN IGNACIO DE LOYOLA.

pero incesantemente, para que este lazo sea el de las creencias católicas ó universales, y se aproxime la época en que el estado religioso de la humanidad se compendie en esta frase: *«Unum ovile et unus pastor.»*

Si al que examina la marcha de los pueblos en los acontecimientos aislados le parece irse alejando cada día más de ese término, si aquí vemos perseguidas las creencias católicas y allí oprimidos pueblos que en ellas encuentran alivio á sus penas y esperanzas de rehabilitacion, si, por último, el que solo á esto atendiese creeria falta completamente de leyes toda la historia, considérese, no obstante, que la Providencia domina todo lo terreno, y ella es la que divide los pueblos y los une, la que pone los cimientos de toda organizacion social y la va conduciendo á su término con arreglo á una ley constante que de seguro desconocemos, pero cuyos efectos admiramos.

VIII.

En la política de Napoleon I nótanse ya, hoy que con imparcialidad se considera, algunas faltas trascendentales: Italia y Polonia hubieran sido dos grandes auxiliares avanzadas sobre el campo enemigo, que interponiéndose entre sus fuerzas, con las que da una vigorosa organizacion naciente, hubieran sido en el día de la coalicion europea enemigos terribles; pero Napoleon pasó despues de una brillante carrera, y ambas quedaron divididas y destrozadas, sin otra nacionalidad que la gloriosa de su historia, y por afectas al poder caído, sujetas con más fuertes cadenas. Mas hoy la obra de Napoleon III parece destinada á realizarse en tres jornadas: hemos presenciado la primera á orillas del Po y del Mincio; asistimos á los preparativos de la segunda en las del Vistula; su desenlace será probablemente en las orillas del Rhin, si es que la Europa no puede conservar serena su vista ante el astro deslumbrador de esa familia. Hemos visto los lazos que unen los tres puntos separados de este plan. Austria vencida en el primero, cooperando á la realizacion del segundo desde que el espíritu liberal ha impregnado sus instituciones, queriendo imbuir tales doctrinas en los soberanos alemanes en la dieta de Francfort, único medio de recobrar su perdida influencia, y el heredero del gran emperador que encontró en Rusia el sepulcro de su poder, ejercitar una y otra vez sus fuerzas con las del imperio de Nicolás, para introducir en él ese espíritu de liber-

tad, que sirve mejor á sus designios durante la paz, que pudieran reñidas batallas y numerosos lauros que con pródiga é inconstante mano reparte la suerte en la guerra.

Sea libre Polonia, se dice de uno á otro confin de Europa, que no se cumpla sin esto la primera centuria desde que el reparto de 1772 sujetó á tres individuos un gran pueblo; pero la palabra del hombre, siquiera ocupe un trono, no es el *fiat* que domina el mundo, y de la nada crea maravillas, y Polonia sigue destrozada por inhumana guerra, siendo, más que campo de batalla, inmenso patíbulo en que unos tras otros caen sus defensores, cuando en sí solos, y en Dios puesta su confianza, no han visto coronados con el éxito sus esfuerzos; la accion combinada de las tres potencias nada ha producido hasta ahora, ni de ella podrá razonablemente esperarse el menor resultado, aunque la diplomacia estuviese destinada á zanjar todos los conflictos que surgen entre pueblo y pueblo, y los proyectos de Saint Pier-

(1) Forstanding on the persian sgrave. Y could not recent myself á slave.

re, Rousseau y Kant pasasen alguna vez de hermosas utopías á hechos prácticos, la guerra solamente pudiera corregir los grandes crímenes, solo á este *juicio de Dios* podría confiarse la resolución de las cuestiones que á todas las otras se negasen injustamente. Más que las faltas que no desconocemos de la constitución de Polonia, perdió á ésta la ingratitude y celos de los estados circunvecinos. En el universal desquiciamiento de costumbres é instituciones, en la concentración de grandes monarquías que presencié el pasado siglo, se explica suficientemente cómo José, el emperador filósofo, pudo manchar sus manos con tal reparto de pueblos, y cómo tantos países libres, colocados en medio de una Europa, que se preparaba á escribir con sangre la tabla de los *Derechos del hombre*, fueron uno en pos de otro, á confundir sus nombres é historia con los de grandes monarquías, rayos que perdían su esplendor, confundidos con los soles de extraordinaria magnitud; que tan poco son los pueblos perdidas las costumbres, tan flaca y tan impotente la razón que se cree segura en los baluartes de la falsa filosofía.

Supuestos tales antecedentes, y prescindiendo de las negociaciones entabladas entre Rusia y las tres potencias occidentales, fuerza es conocer que, derogadas completamente en Italia desde 1859 las disposiciones del tratado de Viena, tarde ó temprano habían de modificarse profundamente en todo lo relativo á Polonia. Los acontecimientos de 1830 han debido convencer á Europa de que faltando el genio militar de Nicolás, y las circunstancias en que se hallaba su pueblo, muy á propósito para que este genio apareciese tan grande, había Polonia de luchar enérgicamente, ya con el valor de los compañeros de Sobieski, ya con la heroica resignación de los mártires cristianos, contra todo el poder de Rusia, ya muy debilitado. La ruina de la república de Cracovia, degenerado resto de una gran nación, nos ha enseñado que es ilusoria toda tentativa de restablecimiento que no acepte las antiguas bases. Los cálculos estadísticos que señalan á Rusia, para mediados del siglo XX, 160 millones de habitantes despiertan los celos de la Europa, cuyo equilibrio, comprado á tanta costa de sangre y dinero, tiene fundados motivos para creer se destruya, dejando intactas las fuerzas del coloso. Enemigos naturales tiene á saber la Suecia y la Turquía: la primera reducida considerablemente desde los días de Pedro el Grande, y con la pérdida de la Finlandia, y sus consecuencias, obligada á mirar en la inacción los progresos de la Rusia en la opuesta costa del Báltico. Estos celos son los que conviene mantener vivos y acrecentar á la Europa, puesto que los que abriga sin duda la Turquía, que siente abandonar las deliciosas pla-

yas del Bósforo, no pueden ser para Rusia motivo de temor, ni en ellos pueden confiar las naciones amigas de Polonia. La lentitud con que han procedido en la cuestión presente, ha producido, al decir de las correspondencias de San Petersburgo, no solo la pérdida del tiempo más oportuno para dar principio á la guerra, sino también ha despertado en el pueblo ruso sentimientos belicosos y de antagonismo con la porción desgraciada de la raza eslava que *habita el país de las llanuras* (Poland), y que tiene la fortuna de conservar, con gran amor á la patria, inalterables creencias religiosas. Aunque funestas, si son ciertas estas noticias, no podía esperarse otra cosa del pueblo ruso, que no há mucho, deseando república, no la concebía sin Czares, y llevando como á su pesar la civilización del Occidente, que apenas comprende, ejerce sus rigores con los polacos, de quienes los rusos han oído muchas veces: «Vuestra dignidad y la nuestra queremos; por vuestra libertad, como por la nuestra, peleamos.»

En tales circunstancias se ha dejado oír la voz del Padre común de los fieles, reclamando la justicia que se debe á los infortunados polacos. Recuérdese que no es la presente la primera vez que se ha levantado con su autoridad moral é irresistible contra la gigantesca influencia de Nicolás, siguiendo las huellas de Gregorio XVI, cuya conducta en tales circunstancias es por todos conocida. No es, por tanto, extraño que el rebaño de los fieles católicos que pasa la peregrinación de la vida, en medio de lo más recio de la tempestad, dentro de la nave de Pedro, se aumente cada día; que los búlgaros, en estos últimos años, se hayan separado de la comunión de los rusos; que los que padecen dura opresión al pié del Líbano derramen gustosos su sangre ántes que renegar de sus creencias; que todos en fin, asiendo la única tabla de salvación que hoy se ofrece en tan deshecha borrasca, crean y confiesen que creen en los premios presentes y en los futuros del catolicismo. Luego el poder moral que en la edad media detenía con cansado brazo la armada diestra del guerrero, pronta á herir á su enemigo, habla y obra aun en el día, y hoy, cómo entonces, se solicita su apoyo, se intriga por alcanzarlo, y todos se felicitan de haberlo obtenido.

Siempre fué conmovedor y solemne el espectáculo de un pueblo que rechaza la fuerza con la fuerza por defender sus hogares del usurpador y la honra de sus familias, expuestas á cada instante á la brutal insolencia de los soldados; mas nunca tanto como en Polonia y Siria, donde á la cuestión religiosa se une estrechamente la política, y donde empleando la resignación cristiana en vez de armas para el combate y las oraciones en vez de improperios

contra el enemigo, se prepara poco á poco, pero de una manera segura, la libertad, no solo de conciencia, sino la política, y de una manera que excita la admiración de todo el mundo, é impone respeto á los monarcas más confiados en sí mismos. Semejantes á Judit en la narración bíblica, se preparan orando al combate, ostentan sus más preciosas alhajas: el día del sacrificio, y después, por disposición del cielo, ven pronto postrada á sus piés la cabeza del enemigo. De estos pueblos mártires ninguno conoció la antigüedad, solo se concibe su existencia en el seno del Cristianismo. El último día de Cartago, solo la mujer de Asdrubal representó con su crueldad, de modo alguno con su paciencia, á la nación vencida.

A tal extremo conduce la licencia, que nunca es libertad, en las creencias religiosas cuando cada individuo se forja un dios y una moral: que solo estos resultados pueden producir los que esperando al fin de sus vidas diferente destino, tienen que tratarse, sin embargo, y vivir unidos mientras permanecen sobre la tierra. Aquí, sujetos á las mismas condiciones de naturaleza y de la sociedad, no pueden considerar la una ni la otra del mismo modo, y caminando por el mismo sendero, cada encuentro es un choque y de cada dos personas que en él se hallen, una proseguirá su marcha; la otra caerá precipitada en el abismo.

Mucho tiempo había que teníamos escrito este artículo, cuando una voz, la más respetable del mundo, la del inmortal Pío IX, á quien nada aventuramos en llamar la figura más noble del siglo, se dejó oír en defensa de la desgraciada Polonia de un modo que debiera llenar de rubor á los diplomáticos de toda Europa, exponiendo la verdad desnuda y defendiendo los fueros de la perseguida inocencia ante el Emperador Alejandro, que tanto desconoce el precio de la libertad y los más santos derechos de los pueblos. La protesta reciente á que nos referimos, como todas las que hace la religión, modelada por aquellas palabras de San Pablo: *persecutionem patimur et sustinemus, maledicimur et benedicimus, blasphemamur et obsecramus*, confiada solo en la Providencia, producirá sus efectos: «no quedaré callado, ha dicho el venerable Prelado, ante la justicia divina, cuando me pregunte lo que he hecho por Polonia,» y á la verdad que su incansable celo se ha visto ya recompensado con la agregación de muchas ovejas extraviadas al único redil del catolicismo.

Pero la batalla ofrecida y no aceptada en tantas partes se libra al fin en territorio Pontificio, la misma Roma contempla sus fueros, el humo de la pólvora sube mezclado al cielo con el incienso que se eleva desde el Vaticano en perpétua oración, los asedios de Roma, como

los de Jerusalem, interesan al mundo entero. En esta se atacaba á la religion futura, en aquella se combate á esta misma, destinada á comprender todos los pueblos.

Pero la esperanza asida al áncora de salvacion, presencia tranquila las tempestades del Occéano; por eso, firmes con las promesas que no han de faltar, decimos con el Redentor: «Señor, haced que pase del Sumo Pontífice el cáliz de amargura que hoy tocan sus labios; pero si está dispuesto, que lo apure, hágase vuestra voluntad, en la Iglesia como en el Estado, en la tierra como en el cielo.»

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

VARIEDADES.

FESTIVIDADES CRISTIANAS.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

Las oraciones y plegarias por los muertos son actos de piedad, actos de caridad. En todos los tiempos, en todos los paises se ha practicado esta virtud: se encuentra un ejemplo en el Antiguo Testamento y en los usos de la Sinagoga judaica. Las purificaciones usadas con los muertos demuestran la persuasion en que se hallaban los judíos, de que la devocion de los vivos procuraba consuelo y alivio espiritual á los muertos. Judas Macabeo envió al templo doce mil dracmas de plata, á fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de los que habian muerto teniendo buenos y religiosos sentimientos tocante á la resurreccion..... Santo y saludable es el pensamiento de orar por los muertos, á fin de que queden libres de sus pecados. Este pasaje es del libro II de los Macabeos, mirado como canónico por los padres de la Iglesia y el Concilio tercero de Cartago.

Los escritos de los primeros Padres prueban que desde el origen del Cristianismo fué una creencia de la Iglesia la existencia del Purgatorio. En todas las antiguas Liturgias se ha hecho mencion de la oracion y sacrificio por los muertos. San Cirilo de Jerusalem, explicando á los catecúmenos muchos puntos de la Liturgia, les dice que en ella se ora por el emperador y por todos los ricos, que en ella se nombra á los mártires y á los santos para invocar su intercesion, y que, por último, se hace mencion de los fieles difuntos para solicitar en su favor la divina misericordia.

Todas las antiguas Liturgias están contestes y unánimes sobre este punto, aun sin exceptuar las de las sectas de los cristianos orientales, aunque separados de la comunión de la Iglesia católica desde el quinto y sexto siglo.

Recórranse los escritos de los antiguos Padres, y se verá que todos están contestes en este punto. San Clemente de Alejandría, que vivía en el año 200 de Jesucristo, asegura que deben los hombres expiar las culpas leves por penas que padecerán despues de su muerte ántes de entrar en el cielo.

Tertuliano, al hablar de ciertas tradiciones apostólicas, dice que en su tiempo se ofrecían ya sacrificios por los muertos.

Si nos remontamos á los primeros siglos del Cristianismo, allí veremos á los fieles pedir ardientemente que se ore por ellos, por sus parientes y amigos cuando hayan dejado la vida. Santa Mónica, en el momento de ir á comparecer ante Dios, pedía para su alma los sufragios de la Iglesia. Sabidas son las repetidas instancias con que San Agustín solicitaba las oraciones de los demás en favor de sus parientes difuntos. San Efrén, en su testamento, conjura á sus amigos á que no le olviden despues de su muerte, y á que le den pruebas de su amor y caridad, ofreciendo por el descanso de su alma limosnas, oraciones y sacrificios, sobre todo, al cumplir el día treinta de su fallecimiento. Sabemos que San Anastasio habia orado con fervor por el alma del emperador Constantino. Constantino el Grande, el protector del Cristianismo, quiso ser enterrado en el pórtico de la iglesia de los Santos Apóstoles, «á fin de tener parte en las santas oraciones, en el sacrificio místico y en las divinas ceremonias.» Despues de la muerte de aquel príncipe, que habia hecho salir la Iglesia de las Catacumbas para sentarla en el trono del mundo, una multitud inmensa del pueblo ofreció á Dios por su alma oraciones mezcladas de lágrimas y suspiros. San Paulino, al perder á su hermano, lo recomienda á la compasiva piedad de sus amigos, para que sus oraciones procuren alivio y consuelo á su alma. San Ambrosio escribió á Faustino, extraordinariamente afligido con la muerte de su hermana: *Vuestra hermana no os pide lágrimas, sino oraciones... sacrificios.*

Las oraciones y los sacrificios por los difuntos se ofrecían algunas veces por el espacio de treinta y aun de cuarenta días.

Los ingleses tenían antiguamente un extremo cuidado en orar por sus hermanos difuntos, y aun por los mismos que habian muerto en lejanos paises. En un Concilio de Obispos, sometido á la Sede de Cantorbery en 816, en presencia de Kenulfo, rey de Mercia, y de los príncipes y grandes oficiales de su corte, se estableció que se orase inmediatamente despues de la muerte de los difuntos, y que durante treinta días se recitase, despues de las horas canónicas, un cierto número de veces la oracion dominical por el difunto, y que se renovase el *Obit* el día 30, es decir, que se cantase entónces la misa con toda solemnidad. Ordena á los fieles cumplir estos deberes religiosos con tanta fidelidad cual si se tratase de algun individuo de su propia familia, á fin de que por el fervor de una intercesion general puedan merecer el Reino eterno, que es comun á todos los Santos. Tambien ordenaba la disposicion de limosnas por el reposo de las almas de los difuntos, y los que las recibían iban á orar sobre el sepulcro de los muertos.

Despues hubo un día especialmente consagrado por los Obispos, en cada diócesis, para orar por los muertos. Habiendo sido fijada esta fiesta en 998, por San Odilon, Abad de Cluny, para conmemoracion de los fieles difuntos en el día

1.º de Noviembre, la Iglesia de Occidente, que regia el Sumo Pontífice Juan XIX, adoptó este mismo día para su celebracion.

El Concilio de Oxford, celebrado en 1222, la declaró fiesta de segunda clase, en que solo se permitían ciertos trabajos necesarios é importantes. En algunas diócesis era fiesta de precepto hasta el medio día. En las órdenes de Cluny es una de las principales festividades. Los griegos han celebrado por mucho tiempo la conmemoracion general de los difuntos el sábado ántes de la Cuaresma, y el sábado que precede á la Pentecostés, pero ofrecían el sacrificio por el descanso de los difuntos todos los sábados.

La Iglesia militante sobre la tierra ha tratado siempre de consolar con sus oraciones á la Iglesia triunfante, á la que pertenecen aun aquellos fieles que, ántes de entrar definitivamente en ella, tienen que purgar algunas ligeras faltas.

La Iglesia católica es una madre tierna y compasiva para sus hijos. ¡Cuán distinto es el mundo para sus discípulos! Cuando la muerte los ha arrebatado á sus miradas, tan pronto como han desaparecido en el sepulcro, se apresura el mundo á llenar los vacíos que han dejado. ¿En que se ocupa? En disputarse, en repartirse sus despojos, en apresurarse á sepultar en el mismo sepulcro al muerto y la memoria del muerto. ¡Este es el mundo!... ¡En nuestras familias, los muertos que nos fueron más queridos, se borran bien pronto de nuestro pensamiento.

¡Cuando la muerte nos los ha arrebatado, quedamos al pronto inconsolables, les prometemos sobre su sepulcro, y nos prometemos á nosotros mismos guardar de ellos un recuerdo inviolable y eterno! Pasan algunas horas, algunos días, y comenzamos á distraernos de su recuerdo; al pronto, esto es una necesidad de la razon, despues es una necesidad de la costumbre. Las horas se suceden á las horas, y los días tambien se suceden á los días; una especie de velo se extiende entre nosotros y esos muertos que lloramos. No los vemos ya mas que en lontananza, y como detrás de una nube, y apenas ha recorrido el año su círculo, cuando ya han desaparecido de nuestro pensamiento, porque no vienen á herir nuestros sentidos.

La Iglesia Católica, que es nuestra madre, con la caridad espiritual, tan diferente del afecto y del amor humano, guarda sus sentimientos maternales siempre vivos en su alma. Podemos pasar los fieles; nuestro recuerdo no pasará. El pensamiento de la Iglesia, nuestra madre, nos sigue más allá del tiempo; entra con nosotros en la eternidad. Despues de habernos asistido en el trabajo de nuestra agonía suprema para consolarnos, cuando el cuerpo ha sido arrojado á la tierra, y el alma ha vuelto adonde el alma habia salido; al mismo tiempo toma nuestro sepulcro bajo la proteccion de su cruz. Despues la Iglesia guarda en su corazón de madre nuestro pensamiento, sube á los púlpitos, recuerda nuestra memoria; sube á los altares, conjura á su Dios para que no nos olvide; toma el cáliz de salvacion, y allí, con la sangre divina, se presenta á

las puertas del lugar de la expiación, y vierte sobre nosotros, como un bienhechor rocío, aquella sangre, que lo purifica todo. La Iglesia tiene un corazón verdaderamente maternal, que no olvida nunca, que nos permanece fiel más allá del mundo.

Sabemos que al entrar en la eternidad, no estaremos solos en el lugar de la expiación; que habrá pensamientos que respondan á nuestro pensamiento; un corazón que responda á nuestro corazón, una mano que venga á estrechar nuestra mano, una mirada que nos vigile desde lejos; habrá una madre que tenga compasión de nuestra miseria, que ore por nosotros delante de Dios, y que después de habernos dado la existencia en el mundo para la vida de la gracia, no cese de trabajar para darnos la existencia para la vida de la felicidad y de la gloria. ¡Esta es la Iglesia católica!

Esto significa la festividad de la *Commemoración de los fieles difuntos*.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

POR

DON CARLOS FRONTAURA.

(Conclusion.)

—¿Quién eres, fantasma maldito?... exclamó Andrés en el colmo de la desesperación.

—¡Hijo mio! le contestó el fantasma.

Volvióse Andrés, como si hubiese oído una voz que no le era desconocida, pero el fantasma ya no estaba allí.

Comenzaba á amanecer, y la luz del día tranquilizó el espíritu de Andrés, si podía haber tranquilidad para su espíritu.

Púsose en pie, echó á andar, pero podía andar con mucha dificultad; cuanto más quería correr, tanto más se negaban sus piernas á satisfacerle.

Andrés se desesperaba, porque si seguía andando con aquel paso, Juan le alcanzaría seguramente.

Quiso andar más, quiso correr, y corrió, haciendo grandes esfuerzos, y sufriendo horribles dolores, y por fin llegó á divisar el campanario de su pueblo, y respiró, y pareció reanimarse y cobrar fuerzas al pensar que podría ejecutar pronto su villano intento.

Y ya iba á llegar á la entrada del pueblo, cuando sintió que le tocaban en el hombro, volvióse, y sintió en el rostro como una bofetada sacudida con una mano de hierro, y oyó una voz terrible y amenazadora que le gritó: —«¡Hijo mio!» y al mismo tiempo el toque de ánimas.

Andrés estuvo á punto de perder el conocimiento; sintió que todo su cuerpo se abrasa-

ba, pero el demonio le sostuvo y lo arrastró al pueblo.

Cuatro ó cinco niños que le hallaron, le miraron el rostro, y echaron á correr espantados.

Y más allá, sentada á la entrada del pueblo estaba Teresa, bella como un ángel, esperando á Juan, acompañada del padre de éste, y más allá todos los vecinos del pueblo, vestidos de fiesta, esperaban también al soldado.

Andrés, viendo á Teresa, corrió á ella, abrió la boca para decir:—«Juan no viene, Juan ha muerto....» pero en vano lo quiso decir.

Por más esfuerzos que hizo, no pudo articular palabra....

Al mismo tiempo, Teresa daba un grito de horror, y todos los que se acercaban y veían á Andrés, lo repetían y retrocedían horrorizados.

Teresa se había desmayado.

Andrés miraba atónito á sus amigos, á sus vecinos que le señalaban al rostro y se mantenían á regular distancia.

De repente sonó otro grito, pero no de espanto, sino de satisfacción inmensa.

Juan llegaba.

Juan vió á Andrés, y también se pintó en su rostro el espanto.

Andrés tenía perfectamente señalados en la mejilla derecha los cinco dedos de una mano.

X.

Juan se casó con Teresa.

Andrés no volvió á hablar más, y perdió la razón.

Aquella horrible mano impresa en su rostro, no desapareció nunca.

Muchas veces le preguntaban de quién era aquella mano, y él por señas, elevando los ojos al cielo, y señalando á su casa, y cerrando después los ojos é inclinando la cabeza sobre la palma de la mano derecha, parecía querer dar á entender que era la mano de un muerto.

Solo al cura del pueblo, que era un santo y un sábio, refirió Juan lo que había podido comprender del mal instinto y de los malos deseos de Andrés, y las palabras que le oyó en el delirio, mientras estuvo herido, y los indicios que tenía para creer que había tratado de asesinarle algunas veces.

Y el cura decía á todos los curiosos del pueblo:

—Esa es la mano de su madre.—Dios permite á las madres buenas, que dejan hijos en el mundo, que velen por ellos y les impidan cometer ninguna acción villana. Andrés no

era bueno, y su madre le ha castigado y le ha impedido que haga mal uso de la inteligencia.

Andrés no reconoció nunca á Juan ni á Teresa.

Vivió muchos años, mantenido por la caridad de sus vecinos, y cuentan que el día que lo enterraron, mientras estaban cabando la fosa donde iba á esperar la resurrección de la carne, vió el sacristán, que era un bendito, acercarse á una viejecita, que ni sabe por dónde entró ni por dónde se fué, que, inclinándose sobre el muerto, le puso la descarnada mano en la mejilla derecha, y le dió un beso diciendo: «¡Hijo mio!»

Y cuando bajaron el cuerpo de Andrés á la fosa, ya no se le veía en la mejilla derecha la señal de la mano horrible.

SECCION POÉTICA.

LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

Cuando la orgullosa *Roma*
Reina del mundo se ostenta,
Después de su siglo de oro,
En que las artes y letras
Florecen, y al apogeo
De su gloriosa grandeza,
Virgilio, Ovidio y Horacio,
Y esa serie de poetas
Que brillan en redor suyo
Hasta su zénit la elevan;
Cuando desgarrado el manto
De esa *República* inmensa,
Hecha girones la púrpura,
Lleno el rostro de vergüenza
Se oculta tras del *Imperio*
Que tanto engrandece César,
Y desde Oriente á Occidente
El Asia, el Egipto y Grecia,
Todo el mundo conocido
Se humilla ante su bandera,
Que tremola poderosa
Marchando en triunfal carrera,
Hollando tronos y pueblos,
Ganando gloria y riquezas,
Arrebatando coronas
Para forjar la diadema
Imperial que ha de regir
A la humanidad entera;
Cuando por su corrupción
Infame, por su vileza
Este pueblo degradado
Corre á mirar los atletas
En los anchurosos circos,
Y allí la sangre contemplan,
Gozándose en la agonía
Del que sucumbe en la arena;
Cuando á la prostitución
Ya las matronas se entregan,
Esas matronas romanas
Cuya virtud tan austera
Tan decantada fué siempre
Y ahora se cambia en licencia,
En vicio y libertinaje,
En crápula y ligereza;
Cuando el Senado se arrastra
Y su dignidad posterga,
Profanando aquella toga
De Catón y Mucio Scévola,
Obedeciendo á Tiberio,
Mónstruo que vino á la tierra

Para doblar la cerviz
De aquella Roma altanera:
Cuando Calígula el loco
Monarca absoluto impera;
Cuando la degradacion
Del hombre á su colmo llega:
Cuando el termómetro marca
De Roma la decadencia;
Cuando muere el *gentilismo*
Ante una religion nueva,
Que sufre persecuciones
Por adorar una idea,
Y á costa de mil martirios
Se va ensanchando la esfera
Del *cristianismo*, que en alas
De mil espíritus vuela,
Predicando el Evangelio
Con humildad y pobreza;
Cuando aun llora al *Redentor*
El ángel de la pureza,
La desconsolada madre,
La Virgen de Galilea,
La elegida del Señor,
María de gracia llena,
Tuvo el feliz pensamiento,
La maravillosa idea
El bendito Nicodemus,
De copiar la efigie bella
De la Madre del Señor,
Para que quede en la tierra
De la purísima Virgen
Una sacrosanta muestra.
Voló la Virgen al cielo,
Y hoy los cristianos veneran
Aquel busto peregrino
Que Nicodemus hiciera.
San Lucas Evangelista,
Segun la tradicion cuenta,
Con inspirado pincel
Dió á aquel rostro la pureza,
El candor y la dulzura
Que tuvo siempre la Reina
Del cielo, que allá en el trono
Del Altísimo se sienta.
Diz que el apóstol Santiago,
Cuando partió con fe ciega
De Jerusalem, se trajo
Aquella imagen perfecta,
La primera que en Madrid
Se adoró rodilla en tierra.
Himnos á sus piés entonan
Las candorosas doncellas,
Y los ancianos descubren
Su nevada cabellera,
Y los niños la saludan
Con sus caritas risueñas,
Dándole la bien venida,
Que todos, en fin, se alegran
Y le tributan devotos
Una adoracion eterna,
Un culto humilde y ferviente.
¡Ojalá nunca se pierda
La devocion que merece
La Virgen de la Almudena!

II.

La grandiosa monarquía
Que los godos en España
Fundaron con Ataulfo,
Y con Recaredo y Wamba,
Agonizando en Rodrigo,
Muere pobre y deshonrada.
Muere, sí, en el Guadalquivir,
No porque el valor le falta,
Le falta la dignidad
Al rey.... ¡que el pueblo se lanza
A combatir por su Dios
Contra la grey musulmana,
Y jamás en la pelea
Negó el español la cara!
Triunfó, por fin, el Oriente
En esta triste jornada,
Refugiándose la *Cruz*

En las ásperas montañas
De Covadonga, y la Media-
Luna triunfante se halla,
Gozándose en el martirio
Del pueblo, que teje palmas
Y coronas de laurel
Para premiar las hazañas
De los que vierten su sangre
Por el amor y la *patria*.
Madrid medita en silencio
El porvenir que le aguarda;
Jura con indignacion
El defender sus murallas,
Morir antes que rendirse
Al musulman, cuya raza
Siembra el espanto y la muerte
Y cuanto toca profana.
De rodillas en un templo
Que Santa María llaman,
Hacia el trono del Señor
Elevan una plegaria.
Llenos de Santo entusiasmo
Hacen brillar las espadas,
Diciendo: ¡Sús! á lidiar
Por *Dios*, el *Rey* y la *Patria*.
Con la fe en el corazon
Llegan á besar las plantas
De la imagen de *María*,
Que en este templo se halla,
Cuando hiere sus oídos
El grito de una atalaya
Que los blancos alquiceles
Divisa ya en lontananza.
Ya los hijos del desierto,
Blandiendo sus cimitarras,
En sus briosos corceles
Hacia Madrid se adelantan,
Y los hijos de Madrid
En tanto cogen en andas
A la Santísima Virgen,
Y en medio de la muralla
La depositan, poniendo
Dos cirios de cera blanca,
Que alumbren de la que es reina
Del cielo la pobre estancia.
Apénas cubrir lograron
Con cal y piedras la entrada,
Como leones furiosos
Corren á buscar las lanzas,
Para mostrar que en su venas
Corre sangre castellana;
La sangre que los Fenicios
En las andaluzas playas
Vieron mil veces teñir
De púrpura la mortaja
Al español que la sangre
Por su libertad derrama;
La sangre que los romanos
Nunca humillan ni avasallan,
Esa sangre más ardiente
Que de igneo volcan la lava,
Sangre independiente y libre,
La sangre de los que aman
La libertad, y jamás
Cadenas de esclavo arrastran,
Sino que siglos y siglos
Luchan con fe y esperanza.
Las aguas del Manzanares
Ya los turbantes retratan:
Ya los hijos de Mahoma
Se aprestan á la batalla,
Y los *cristianos* su empuje
Con bazarria rechazan
Una vez, y dos, y ciento,
Van y vienen, suben, bajan,
Acometen, se retiran,
Arrojan al muro escalas,
Se preparan al asalto,
Y los cristianos aplastan
Las medias lunas y el cráneo
Con los golpes de sus mazas
A los moros que, atrevidos,
Soñando con las cristianas,
En alas de su impaciencia
Quieren saltar la muralla.

De pronto un grito salvaje,
Grito de furor y rabia
Se escucha, y los musulmanes
En torbellino se lanzan
Por un porton, que ha cedido
A devoradoras llamas.
Entonces crece el combate,
Fuego despiden las armas,
Se pelea cuerpo á cuerpo,
Un golpe una vida acaba,
Disputándose el terreno
Palmo á palmo. La muralla
Coronan como un enjambre,
Dan una desesperada
Acometida, y saltaron
Por cima de una muralla
De cadáveres, escudos,
Capacetes, flechas y armas.
Celebrando la victoria,
La muerte sus negras alas
Cernía por todas partes,
Cubriendo de luto á España.
Angeles bajan del cielo:
Vienen á repartir palmas
A los que han dado la vida
De su religion en aras;
Aquellos que con su sangre
Han regado de la patria
El árbol, que más fondroso
Ha de renacer mañana,
Para entretejer coronas
Y mil vistosas guirnalda
Que orlen el manto de gloria
De aquella azucena blanca,
Que desde Jerusalem
Vino á Madrid, y se halla,
Cual una perla en su concha,
En los muros encerrada.

III.

En la Catedral de Burgos
Quiere penetrar el pueblo.
¿Qué sucede, que las tropas
Impiden entrar al templo?
Que los nobles castellanos
Van á tomar juramento
Al rey, con la mano puesta
En los Santos Evangelios,
De no haber tenido parte
En la muerte que en el cerco
De Zamora sufrió el rey
Sancho II. Por eso
La Jura en Santa Gadea
Que el cumplido caballero,
El tipo del heroísmo,
De la hidalguía modelo,
El famoso *Campeador*,
El *Cid*, con rostro sereno,
Que se atreve á pedir cuentas,
Al que luego Alfonso sexto
Fue, representará siempre
Al hombre libre de miedo,
Al noble que la honradez
Hace volver por sus fueros,
Que no se humilla ante el trono
Y sabe romper el cetro
Antes que sea del crimen
Galardon, corona ó premio.
Júbilo el rostro retrata
De nobles y de pecheros,
Que el rey declara la guerra
Al moro, y quiere el primero
Ver ondear su estandarte
Sobre Madrid y Toledo.
Preparan las armaduras,
Prueban su temple al acero,
Todo es confusion en Burgos,
Que va á partir el ejército.
El soldado se despide
De su amante con un beso,
Que en su pura frente graba
De su puro amor el sello.
Cortan sus rizos las damas

Para que lleven recuerdos,
Hay lágrimas y suspiros,
Promesas y juramentos,
Promesas de enamorados
Que suele borrar el tiempo.
Ya salen los escuadrones
De honor y gloria sedientos;
Van en pos de los laureles
Y se despiden risueños.
Ya en el lejano horizonte
Solo se ven los plumeros;
Las burgalesas agitan
Sus cendales y pañuelos,
Y vuelven á la ciudad
Con el corazón diciendo:
*Benditas sean las madres
Que tales hijos tuvieron.*
Ya divisan las murallas
Del *Magerit* agareno;
Ya el ejército cristiano
Se apresta á poner el cerco;
Ya los hijos del Islan
Tienen el alfange presto
Para defender sus vidas;
Mas cuando reina el silencio
De la pavorosa noche,
Sube el ejército al cerco
De la villa, y grita el Cid:
Madrid por Alfonso VI.
Se defiende la morisma,
Pero cedió ante el esfuerzo
De los bravos campeones
Que reconquistan su suelo.
No acuchillan ni degüellan,
Que los castellanos pechos
Son leones en la guerra
Y son en la paz corderos,
Y brilla en su corazón
La luz de los Evangelios.
Fé, Esperanza y Caridad
Les predicó el Nazareno,
Y es el perdón la doctrina
De su Divino Maestro.
Llegó á noticia del rey
Que allá, en muy lejanos tiempos,
Una imagen de María
Quedó guardada en el cerco,
Y la tradición no cuenta
En dónde se halla de cierto.
La iglesia, que era mezquita,
Iglesia otra vez hicieron,
Y los salmos religiosos

En ella vibrar se oyeron,
Con todo el rito cristiano
Sus ceremonias y rezos,
Y ese esplendor que la Iglesia
Tributa al Rey de los cielos.
Luego al Dios de las victorias
Una procesion hicieron,
Suplicando en sus plegarias
Les revelase el secreto
Que tanto saber anhelan;
Y al punto rasgóse un lienzo
De la muralla, dejando
El tesoro descubierto
De la Virgen, y los cirios
Que están á su lado ardiendo.
Milagro, milagro, exclaman
De rodillas en el suelo,
Viendo á la madre de Dios,
Que al parecer, bendiciendo
Se encuentra desde su trono
A sus hijos predilectos,
Que con fé en el corazón
Supieron morir cual buenos.
Luego en santa procesion
La condujeron al templo,
Dando gracias al que obrara
Tan prodigioso portento.
Corrió el suceso la España
Con la rapidez del viento,
Y acuden de todas partes
Con puro y ferviente celo,
A postrarse ante las plantas
De la que tuvo en su seno
Al Redentor de las almas,
Al que fundó con su ejemplo
Una religion de amor,
De salvacion faro cierto,
Que brillará mientras duren
Las leyes del Universo.

IV.

Esa tradicion antigua,
Una noche de *verbena*
Inspiró á mi pobre musa
Esta histórica leyenda,
Que te ofrezco, *Patrocinio*,
Para que tú se la ofrezcas
A la Virgen como un ramo
Que mi pobre inteligencia
En las gradas de su altar
Que tú coloques desea.

Perdona, *hermana*, lo pobre
Y lo humilde de esta ofrenda:
Mira solo el buen deseo
Que en mi corazón alienta.
Obra bien toda la vida,
Si quieres que te defienda
Con la orla de su manto
La Virgen de la Almudena.

J. ALVAREZ SIERRA.

MISCELÁNEA.

El colegio de notarios de esta corte celebrará el domingo 10 de Noviembre una solemne funcion á su patron en la iglesia de Santo Tomás.

Se halla vacante la canongia magistral del púlpito en el cabildo de la santa iglesia catedral de Lugo, la cual se proveerá por oposicion, con arreglo al Concordato.

Ha sido nombrado Canónigo de la santa iglesia Catedral, en Palma, el presbítero D. Miguel Peña.

En la excitacion que el venerable Obispo de Pamplona, como los demás de España, y en los términos de que ya nos hemos ocupado, ha dirigido á sus diocesanos se conceden cuarenta dias de indulgencia para cada una de las preces que se dirijan á Dios por la felicidad del romano Pontífice.

Hemos leído en *La Epoca*, sin que por nuestra parte nos sintamos con fuerza para añadir una sola palabra:

«Mandados desamortizar y poner en venta los bienes procedentes de patronatos, y haciéndose la entrega de éstos con los inventarios que al efecto se autorizan por las administraciones respectivas, seria muy oportuno, y hasta importante para este vasto ramo de la riqueza pública, que por quien corresponde se rectifiquen y comparen dichos inventarios con los que el Estado hubiese hecho primitiva entrega de dichos bienes á las citadas administraciones, abriendo en su caso las informaciones que procedieran, y exigiendo la responsabilidad á que hubiese lugar por las emisiones más ó menos trascendentes, que, existiendo, no se encontrasen debidamente justificadas.»

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARÍA MAGDALENA.

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior. A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letrá del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administracion de *El Cascabel*, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los corresponsales de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

EL MUSEO CATÓLICO,

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE.

Sale á luz en los dias 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en fólío, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relacion con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administracion.	14	26	50
{ Por medio de los comisionados.....	15	29	56
EUROPA..... { Giro directo, francos.....	5	9,50	17,50
{ Por comisionado, id.....	5,50	10,50	20
ANTILLAS... { Directamente, ps. fs.....	"	2	4
{ Por comisionado, id.....	"	2,12	5
AMÉRICA Y { Por giro, ps. fs.....	"	"	6
OCCEANIA. { Por corresponsales, id.....	"	"	7

Administracion, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.